

**Una Novela de  
Roberto R. Bengoa**



# *ASTRAL*

**Tomo I**

**La Muerte es Solo el Comienzo**

# *Astral*

*Tomo I:*

*La Muerte es solo el Comienzo*

*Roberto R. Bengoa*

Copyright © 2018 Roberto R. Bengoa

All rights reserved.

ISBN:

ISBN-13:

WGA Registration # :1647650

## Agradecimientos

Mis más sinceras gracias a:

La maestra Alicia Osorio y a los alumnos del Bachillerato Instituto Juárez Lincoln de generación 2016-2019. Sus preguntas y comentarios acerca de mi novela me ayudaron a crecer. A mi cuñada Laura Patricia Franco Bengoa por toda su ayuda, apoyo y comentarios tan acertados acerca de mi obra. Y sobre todas las cosas a mi madre que siempre ha estado ahí y que sin ella mi inspiración quedaría tan solo en mi mente.

*Para Christian, Andrea, Paola & Zeven: Que su camino  
siempre esté iluminado*

*A cada persona en esta tierra la muerte le llega tarde o temprano. Y no hay mejor manera de morir que enfrentando a nuestros miedos.*

## Prólogo

### EPISODIO 1

#### LA MIGRACIÓN DE LAS ALMA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

### EPISODIO 2

#### Los Guerreros Astrales

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

### AVANCE DE ASTRAL: TOMO II

[RENACIMIENTO](#)

[EPISODIO 3](#)

[El Viaje sin Retorno](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[GLOSARIO](#)

[ACERCA DEL AUTOR](#)



## Prólogo

**E**l mundo estaba muriendo y la humanidad con él.

Los árboles y cosechas habían perdido sus colores verdes y dorados, dejando con ellos un matiz marrón y gris en los campos, bosques y selvas.

Los mares eran ahora un ataúd gigantesco; donde toda clase de flora y fauna flotaba sin vida: peces, delfines, tiburones e incluso ballenas yacían en las aguas que se habían convertido en una alfombra mal oliente y putrefacta.

Con la desesperanza llegaron nuevas oportunidades y, con estas, los mortales aprendieron a separar el alma de sus cuerpos. Así inició el último éxodo. Las almas, de los todavía vivos, comenzaron a entrar en territorio desconocido. Un desplazamiento hacia el inframundo. El lugar donde solo podían ir los muertos; ahora estaba abierto para los vivos. La mayor migración jamás vista en la historia de la humanidad.

Estaba en sus genes: por curiosidad, aventura o hambre; el ser humano siempre buscaba nuevos horizontes. Un nuevo comenzar cuando las cosas se ponían difíciles en su lugar de origen.

Las almas de los varones fueron las primeras en partir, dejando atrás a familias enteras.

Las mujeres observaban a sus esposos permanecer inmersos en meditación profunda por días, semanas y meses. Aquellos hombres se habían convertido en otro mueble de la casa. Una figura decorativa sin ningún uso. Mientras tanto, las mujeres miraban a sus hijos morirse de hambre.

Con el tiempo, ellas, se dieron cuenta de que los hombres no regresarían: ahora les tocaba emprender la partida. Así que: tomaron a sus hijos, entraron en meditación pro-

funda con ellos y emprendieron el viaje a un mundo hasta ahora desconocido.

Mientras permanecían en meditación profunda, sus cuerpos se alimentaron del *Prana* (una forma de nutrirse con la energía vital dentro de todo ser viviente y que entra por medio de la respiración y su vínculo en el aire). El mejor modo para lograrlo era la meditación profunda y separando el alma del cuerpo. A esto se le llamó: *Astral*.

# ***EPISODIO 1***

# *La Migración de las Alma*

# Capítulo 1

El pitido del tren sonó en la distancia como el aullido de un lobo moribundo. Algunas de las almas, en su mayoría mujeres y niños, asomaron sus cabezas a las vías del tren. Una densa niebla bloqueaba la visibilidad casi por completo. Ni siquiera se vislumbraba la luz de la locomotora al acercarse.

Aquella era la estación de trenes entre el mundo material y el espiritual.

Una humedad fría envolvía la estación de tren. La terminal lucía antigua; como sacada de un *Film-Noir*. En sus techos de madera, frías luces de neón palidecían aún más los rostros de las almas que reflejaban una expresión triste y resignada. Consientes que sus hogares pronto existirían solo en sus memorias, únicamente les quedaba mirar hacia adelante. El pasado era una carga muy pesada para avanzar.

Un sin número de extensas bancas de madera, tan duras y frías como piedras, reposaban a lo largo del andén. La mayoría de la gente prefería sentarse en el piso. Acurrucadas unas con otras para soportar las heladas ventiscas que soplaban a ratos en el lugar.

La estación de tren estaba repleta de almas de todo tipo. Almas puras: llamadas así por ser almas que habían muerto y llevado una vida sin dañar al prójimo ni así mismos. Los durmientes: almas de personas que aún vivían; a estas almas se les permitía entrar al Limbo —el lugar donde se dirigía el tren—, pero no podían quedarse por mucho tiempo. Sin embargo, la mayoría no cumplía con esta norma. Una vez en el Limbo, era casi imposible detectar a los durmientes; por lo que los guardianes del inframundo trataban de no ser tan estrictos con esta ley. Lo que sí estaba ri-

gurosamente prohibido, era ir más allá de Limbo. Solo las personas muertas podían emprender el viaje a la reencarnación. Finalmente, estaban los pecadores, almas corrompidas por debilidades terrenales. A este tipo de almas se les permitía quedarse todo el tiempo que quisieran en el Limbo. Podían emprender el viaje cuando les pareciera, pero consientes que renacerían como un ser inferior: alguna rata o insecto. Así que preferían quedarse en el Limbo indefinidamente.

Las almas, entremezcladas, inundaban el andén. Se les podía diferenciar por el tamaño y color de su aura —La energía que irradiaba su fuerza vital—. Las almas de los durmientes emitían más energía; un color casi dorado. Las almas puras eran más tenues; de color azul pálido. Y las almas de los pecadores eran de un débil color marrón opaco.

Después de esperar por varias horas, las almas de los durmientes, en su mayoría mujeres y niños, comenzaron a inquietarse. El resto de las almas esperaban con la mirada perdida. Tenían todo el tiempo del mundo.

En la muerte no existía el cielo ni el infierno; castigo o recompensa: solo un sin fin de oportunidades. Un viaje a la resurrección. Un pasaje donde solo las almas sin contaminar podían cruzar.

Algunas almas se arrepentían de las decisiones que habían corrompido sus cuerpos, dándoles así otra oportunidad. Pero ese no era el caso del siniestro ser que se ocultaba entre la muchedumbre: Un hombre alto y delgado que vestía un impermeable negro y desgastado. Su nombre era Somnus.

«¿*Prana*? —pensó Somnus—, ¡qué locura! Alimentarse de la energía contaminada del planeta».

Somnus echó un vistazo a todas esas almas dispersas que intentaban cruzar al otro lado: no pudo sentir más que lástima.

«Se alimentan del *Prana* como una oveja se alimenta del follaje. Yo soy un lobo; mi dieta es más selecta —dijo Som-

nus para sus adentros».

Somnus disfrutaba con el dolor ajeno; era parte de su dieta. Ese tipo de energía le daba una vitalidad que le duraba días. Mirar los rostros desesperados de sus víctimas le resultaba un placer mejor que el sexo, mejor que cualquier droga que hubiera consumido. Y las había consumido todas. Pero en ese momento no estaba ahí para satisfacer su hambre. Debía cumplir un encargo, como ya lo venía haciendo desde hace mucho tiempo. Y el pago, al cumplir con el trabajo, no solo le dejaría consumir todas las almas que quisiera, sino que se le permitiría reencarnar como un ser humano de nuevo. Somnus conocía las reglas. Si dañaba al prójimo o así mismo, iría deteriorando su alma y, en esos momentos, su alma estaba tan dañada que, sin lugar a duda, renacería como una chinche. Mas, si cumplía con los encargos, obtendría el secreto para renacer como un ser humano renovado.

Somnus llevaba parado horas en la estación de tren. Ese maldito cordón astral lo mantenía ligado a su cuerpo mortal, pero también atado a los dolores terrenales. Si algo le pasaba a su alma, esta le enviaba una señal, por el cordón astral, a su cuerpo. Su cuerpo reaccionaría con el dolor: cansancio, frío o calor y esta regresaría la sensación a su alma; haciéndola padecer los mismos efectos que en su cuerpo de carne y hueso.

Somnus sacudió la cabeza para despabilarse. Por el rabillo del ojo miró a las almas esperar al tren. Todas con el deseo de encontrar una vida mejor. No pudo evitar reír entre dientes al pensar esto: «¿Una vida mejor, pobres obtusos?». El Limbo era un lugar pestilente que cada día se parecía más al mundo material. Los seres humanos siempre fueron más hábiles para adaptar el medio que para adaptarse a él.

La niebla se alzó desde las vías y cubrió el extenso andén. La espesa bruma era el perfecto camuflaje para Som-